

riormente, y cada palabra, cada corte, cada sonido, corresponde á un cambio de esa vista interior. Lo mismo pasa con todos sus versos: están henchidos de emociones personales, verdaderamente experimentadas, jamás alteradas ni disfrazadas, sino, al revés, expresadas con sus matices y ondulaciones fugitivas, expresadas tales y como son, *haciéndose y deshaciéndose*, no enteramente hechas, inmóviles y fijas, como el antiguo estilo las representaba. En eso consiste la gran revolución del estilo moderno. El espíritu, traspasando las reglas conocidas de la retórica y de la elocuencia, penetra en la psicología profunda, y no emplea ya las palabras más que para cifrar las emociones.

## III

Entonces apareció (1) la escuela romántica inglesa, enteramente semejante á la nuestra por sus doctrinas, sus orígenes y sus alianzas, por las verdades que descubrió, las exageraciones que cometió y el escándalo que promovió. Sus adeptos formaban una secta, «secta de disidentes en poesía (2)», que hablaban alto, se mantenían apiñados, y sublevaban á las cabezas sesudas por la audacia y la novedad de sus teorías. En lo tocante al fondo de las cosas, se veía en ellos «los principios antisociales y la sensibilidad enfermiza de Rousseau, ó, de otra manera, un descontento estéril y misantrópico de las instituciones presentes de la sociedad». En efecto; Southey, uno de sus jefes, empezó por

(1) 1793-1794.

(2) *Revista de Edimburgo*, Octubre de 1802.

sociniano y jacobino, y uno de sus primeros poemas, *Wat Tyler*, traía en apoyo de la revolución presente la glorificación de la Jacquerie pasada. Otro, Coleridge, pobre diablo y antiguo dragón, con la cabeza atestada de lecturas incoherentes y de sueños humanitarios, había pensado fundar en América una república comunista purgada de reyes y de sacerdotes; luego, haciéndose unitario, se imbuyó en Göttinga de teorías heréticas y místicas sobre el Verbo y lo absoluto. El mismo Wordsworth, el tercero y más templado, empezó por escribir versos vehementes contra los reyes, «esos hijos del limo, que con su cetro querían detener la marea revolucionaria, y á quienes iba á barrer y sepultar la ola de la libertad». Pero esas iras y esas aspiraciones no resistían mucho; y, al cabo de algunos años, los tres habían vuelto al regazo del Estado y de la Iglesia: el uno era periodista de Mr. Pitt, el otro pensionista del gobierno, el tercero poeta laureado, tres convertidos celosos, anglicanos decididos y conservadores intolerantes. En materia de gusto, al contrario, habían ido adelante sin retroceder. Habían roto violentamente con la tradición, y saltaban por encima de toda la cultura clásica para buscar sus modelos en el Renacimiento y en la Edad Media. Uno de ellos, Carlos Lamb, como Sainte-Beuve, había descubierto y restaurado el siglo XVI. Los autores dramáticos más incultos, Marlowe, por ejemplo, les parecían admirables, é iban á buscar en las colecciones de Percy y de Warton, en las antiguas baladas nacionales y en las antiguas poesías extranjeras, el acento ingenuo y primitivo que había faltado á la literatura clásica, y cuya presencia les parecía el sello de la verdad y de la belleza. Por encima de toda reforma, se esforzaban en acabar con el gran estilo aristocrático y oratorio,

tal y como había nacido del análisis metódico y de los convencionalismos cortesanos. Se proponían «amoldar á los usos de la poesía el lenguaje ordinario de la conversación, tal y como le emplean la clase media y la clase baja», y reemplazar las frases estudiadas y el vocabulario noble con los tonos naturales y las expresiones plebeyas. En vez del antiguo molde, ensayaban la estancia, el soneto, la balada, el verso libre, con las rudezas y las brusquedades de los poetas primitivos. Reproducían ó arreglaban los metros y la dicción de los siglos XIII y XVI. Carlos Lamb escribía una tragedia de arqueólogo que se hubiera podido creer contemporánea del reinado de Isabel. Otros, como Southey y sobre todo Coleridge, fabrican ritmos absolutamente nuevos, tan afortunados á veces y á veces tan desgraciados como los de Víctor Hugo: caos singular de tanteos confusos, de abortos visibles y de invenciones originales. El plebeyo, libre del traje aristocrático, buscaba otro, tomando una prenda de los caballeros ó de los bárbaros, otra de los campesinos ó de los periodistas, sin darse gran cuenta de las disparidades, sino pretencioso y satisfecho con su manto abigarrado y mal cosido, hasta que al fin, después de muchos ensayos y desgarrones, acabó por conocerse á sí mismo y escoger el vestido que le cuadraba.

En medio de esa confusión laboriosa se abren paso dos grandes ideas: una que produce la poesía histórica, otra que produce la poesía filosófica; la primera visible sobre todo en Southey y Walter Scott, la segunda visible sobre todo en Wordsworth y Shelley; las dos europeas y manifestadas con igual brillo, en Francia, en Hugo, Lamartine y Musset, con mayor brillo, en Alemania, en Goethe, Schiller, Ruckert y Heine; una y otra tan profundas, que ninguno de sus representan-

tes, salvo Goethe, adivinó su alcance, y apenas si hoy, después de más de medio siglo, podemos definir su naturaleza para presagiar sus efectos.

La primera consiste en decir, ó más bien, en presentir que nuestro ideal no es el ideal: es uno, pero hay otros. El bárbaro, el hombre feudal, el caballero del Renacimiento, el musulmán, el indio, cada edad y cada raza ha concedido su belleza, que es una belleza. Gocemos de ella, y al efecto pongámonos en el lugar de los que la inventaron; pongámonos en su lugar enteramente; no bastará que nos representemos, como los novelistas y los dramaturgos anteriores, costumbres modernas y nacionales bajo nombres extraños y antiguos; pintemos los sentimientos de los otros siglos y de las otras razas con sus caracteres propios, por diferentes que esos caracteres sean de los nuestros y por desagradables que sean para nuestro gusto. Presentemos nuestro personaje tal y como fué, grotesco ó no, con su traje y su lenguaje; que sea feroz y supersticioso, si es menester; salpiquemos al bárbaro de sangre, y echemos sobre el covenantario su carga de textos bíblicos. Viéronse entonces reaparecer una á una, en la escena literaria, las civilizaciones extinguidas ó remotas: primero, la Edad Media y el Renacimiento; después la Arabia, el Indostán y la Persia, luego la edad clásica y el mismo siglo XVIII; y llegó á ser tan vivo el gusto histórico, que de la literatura se propagó el contagio á las otras artes. El teatro cambió sus trajes y sus decoraciones convencionales por los trajes y el decorado verdaderos. La arquitectura edificó *villas* romanas en nuestros climas del Norte, y torreones feudales en medio de la seguridad moderna. Los pintores viajaron para imitar el color local, y estudiaron para reproducir el color moral. Todo el mundo se hizo

excursionista y arqueólogo; el espíritu humano, saliendo de sus sentimientos particulares para penetrar en todos los sentimientos experimentados, y á la postre, en todos los sentimientos posibles, encontró su modelo en el gran Gœthe, que, con su *Tasso*, su *Ifigenia*, su *Diván*, su segundo *Fausto*, hecho conciudadano de todas las naciones y contemporáneo de todas las edades, parecía vivir á voluntad en todos los puntos del tiempo y del espacio; y daba una idea del espíritu universal. Sin embargo, esa literatura, al acercarse á su perfección, se acercaba á su término; y no se desenvolvía más que para acabar. Se llegó á comprender que las resurrecciones intentadas son siempre imperfectas, que en las palabras que atribuimos á los personajes antiguos se descubre infaliblemente el acento moderno, que toda pintura de costumbres debe ser indígena y contemporánea, y que la literatura arqueológica es un género falso. Se comprendió, en fin, que el retrato del pasado hay que buscarle en los escritores del pasado, que no hay más tragedias griegas que las tragedias griegas, que la novela forjada debe dejar el puesto á las memorias auténticas, como la balada fabricada á las baladas espontáneas; en resolución: que la literatura histórica debe desvanecerse y transformarse en crítica y en historia, es decir, en exposición y en comentario de los documentos.

En esa multitud de viajeros y de historiadores disfrazados de poetas, ¿cómo elegir? Pululan como los enjambres de insectos nacidos un día de estío en la vegetación exuberante; zumban y relucen, y el espíritu se confunde y extravía en medio de sus rumores y reflejos. ¿Cuáles citaré? Tomás Moore, el más francés de todos, burlón sutil (1), demasiado exquisito y pulido,

(1) Véase *The Fudge Family*, etc.

y que compuso odas descriptivas sobre las Bermudas, melodías sentimentales sobre Irlanda, una novela poética sobre Egipto (1), un poema novelesco sobre la Persia y la India (2); Lamb, el restaurador del drama antiguo, Coleridge, pensador y soñador, poeta y crítico, que, en su *Cristabel* y en su *Viejo marino*, resucitó lo sobrenatural y lo fantástico; Campbell, que, habiendo empezado por un poema didáctico sobre *los placeres de la Esperanza*, entró en la nueva escuela, conservando su estilo noble y semi-clásico, y compuso poemas americanos y celtas, medianamente celtas y americanos; en primer término, Southey, hombre habil que, después de algunos tropezones en su juventud, se hizo defensor de la aristocracia y del *cant*, lector infatigable, escritor inagotable, pertrechado de erudición, dotado de imaginación, célebre como Victor Hugo, por la novedad de sus innovaciones, por el tono guerrero de sus prefacios, por las magnificencias pintorescas con que pasea por el universo y por la historia sus cabalgatas poéticas, envolviendo en la red infinita de sus versos á Juana de Arco, á Wat Tyler, á Rodrigo el Godo, á Madoc, á Thalaba, á Kchama, las tradiciones célticas y mejicanas, las leyendas de los árabes y de los indios, siendo alternativamente católico, musulmán, brahmán, pero sólo en poesía, y en fin de cuentas protestante prudente. No se tomen éstos más que como ejemplos; hay otros treinta detrás, y creo que, entre todos los bellos paisajes visibles ó imaginables, entre todos los grandes sucesos reales ó legendarios de todos los puntos del tiempo y de todos los ámbitos del mundo, no hay uno solo que se haya sus-

(1) *The Epicurean*.

(2) *Lalla Rookh*.

traído á su pluma. Esa fantasmagoría es bien brillante, pero, desgraciadamente, se ve el artificio.—Si queréis tener una imagen de ella, figuraos que estáis en la Opera. Las decoraciones son espléndidas; las vemos bajar del cielo, es decir, del techo, tres veces cada acto: altas catedrales góticas, cuyos rosetones fulgulan á la puesta del sol, en tanto que alrededor de las pilastras se desarrollan las procesiones; y en las capas pluviales, en los dorados de los ornamentos sacerdotales vibra y ondula la luz; mezquitas y minarettes, caravanas que serpentean á lo lejos por la arena amarillenta, y cuyas lanzas y quitasoles alineados trazan una franja sobre la inmaculada blancura del horizonte; paraísos indios, en que las rosas brotan á montones, en que los surtidores de agua cruzan sus penachos de perlas, en que los lotos ostentan sus anchas hojas, en que las plantas espinosas proyectan sus cien mil cálices de púrpura alrededor de los monos y de los cocodrilos divinos que pueblan sus espesuras. Entretanto, las bailarinas se llevan la mano al corazón con una emoción delicada y profunda, los galanes jóvenes cantan que están dispuestos á morir, los tiranos trueñan con su voz de bajo, y la orquesta se multiplica, acompañando las variaciones de los sentimientos con los suspiros melífluos de sus flautas, con los clamores lúgubres de sus trombones, con las melodías angélicas de sus arpas, hasta que, al fin, en el momento en que la protagonista pone el pie en la garganta del traidor, retumba triunfalmente con sus mil voces vibrantes reunidas en un solo acorde. ¡Espectáculo hermoso! Sale uno de él deslumbrado y ensordecido; los sentidos fallecen en medio de esa inundación de magnificencias; pero, al volver á casa, se pregunta cada cual qué ha sacado, qué ha sentido, si realmente ha sentido

algo. Después de todo, apenas hay aquí más que decoraciones y aparato escénico; los sentimientos son ficticios; son sentimientos de ópera; los autores no son más que gente hábil, artífices de libretos y de telones pintados; tienen talento, no genio; sacan sus ideas de la cabeza, no del corazón. Tal es la impresión que dejan *Lalla Rookh*, *Thalaba*, *Rodrigo*, *Kehama* y el resto de esos poemas. Son grandes tramoyas decorativas, ajustadas á la moda. La nota propia del genio es el descubrimiento de alguna amplia región inexplorada de la naturaleza humana, y á ellos les falta esa nota; sólo atestiguan mucha habilidad y mucho saber. A mí me gusta más ver el Oriente en los orientales de Oriente, que en los de Inglaterra, en Vyasa ó Firdusi, que en Southey (1) ó Moore; por más descriptivos ó históricos que sean sus poemas, lo son menos que los textos y los documentos justificativos que ponen al pie.

Sobre todas las causas generales que han conspirado contra esa literatura, hay una nocional: los ingleses no tienen un espíritu bastante flexible, y tienen un espíritu demasiado moral. Su imitación no es más que literal. No conocen los tiempos pasados y los países lejanos más que como anticuarios y como viajeros. Cuando mencionan un uso, ponen en nota las autoridades; prueban con certificados válidos que no han cometido ninguna falta de topografía ni de arqueología. Moore, como Southey, cita sus fiadores: sir John Malcolm, sir William Onseley, Mr. Carue y otros personajes que vuelven de Oriente, todos son testigos oculares. «La descripción de Balbec de la llanura y de sus ruinas (dice uno de esos señores), es admira-

(1) Véase *The history of the caliph Vathek*, novela fantástica de W. Beckford, publicada primero en francés, 1784.

blemente fiel. El minarete está muy cerca de allí en la pendiente, y no faltaba más que el grito del muezzín para romper el silencio.»—«¡Yo hubiera jurado (dice otro) que Moore había viajado por Oriente!» En esto la minuciosidad de esos escritores es extravagante (1), y las notas, prodigadas sin tasa, demuestran que su público enteramente positivo exige que los artículos poéticos prueben su procedencia y su ley. Pero la gran verdad, que consiste en penetrar en los sentimientos de los personajes, esa no la alcanzan: esos sentimientos son demasiado extraños é inmorales. Cuando Moore quiso traducir y resucitar á Anacreonte, se le declaró que su poesía era buena para una casa de rameras (2). Para escribir un poema indio, hay que ser panteísta de corazón, un poco loco y con bastante frecuencia visionario; para escribir un poema griego, hay que ser politeísta de corazón, pagano á fondo y naturalista de oficio. Por eso Heine habló tan bien de la India y Goethe de Grecia. Un verdadero historiador no está seguro de que su civilización sea perfecta, y vive tan de grado fuera de su país como en su país. Júzguese si los ingleses pueden brillar en este género. A sus ojos no hay más que una civilización razonable, que es la suya; toda otra moral es inferior, toda otra religión es extravagante. Entre tales exigencias, ¿cómo reproducir morales y religiones diferentes? Sólo la simpatía puede identificarse con las costumbres extinguidas ó extranjeras, y la simpatía aquí es cosa vedada. Bajo esa estrecha regla, la poesía histórica, que de suyo no es muy viable, va á languidecer ahogada como bajo una campana de plomo.

(1) Véase las notas de Southey, peores que las de Chateaubriand en *Los Mártires*.

(2) *Revista de Edimburgo*.

Uno de esos escritores, novelista, crítico, historiador y poeta, favorito de su siglo, leído en toda Europa, fué comparado y casi igualado á Shakespeare, tuvo más popularidad que Voltaire, hizo llorar á las modistas y á las duquesas, y ganó seis millones. «Me atrevería á jurar por cuanto se quisiese (le escribía su editor al acabar uno de sus libros) (1), que jamás ha experimentado un placer tan completo... Lord Holland, cuando le pregunté su opinión, me dijo: ¡Mi opinión! Ninguno de nosotros se ha metido en la cama esta noche; no ha dormido más que mi gota.» En Francia se vendieron de esas novelas un millón cuatrocientos mil volúmenes, y siguen vendiéndose. El autor, nacido en Edimburgo, era hijo de un abogado (2), docto en el derecho feudal y en la historia de la Iglesia; él también fué abogado, luego *sheriff*, y siempre gran aficionado á antigüedades, sobre todo á antigüedades nacionales; de modo que, en su familia, en su educación, en su persona, encontraba los materiales de su obra y los agujones de su talento. Sus primeros recuerdos se habían grabado en él á la edad de tres años en una granja adonde le llevaron para ensayar el efecto del aire libre sobre su piernecilla paralizada. Le envolvían desnudo en la piel caliente de un carnero acabado de matar, y se arrastraba con ese atavío, que pasaba por un específico. Quedó cojo, y se hizo *lector*. Desde su primera infancia educóse entre los relatos que puso en escena más tarde, el de la batalla de Culloden, el de las crueldades ejercidas contra los *highlanders*, el de las guerras y sufrimientos de los covenantarios. A los tres años gritaba con

(1) Lockhart, p. 220, *Life of sir W. Scott*.

(2) *Writer at the signet*.

tal fuerza la balada de Hardyknute, que no dejaba oír, ni oírse á sí mismo, al ministro de la aldea, hombre dotado de muy buena voz. Inmediatamente que se le recitaba una balada del *Border*, la sabía de memoria. En lo demás era indolente, estudiaba á ratos perdidos, aprendía mal las cosas secas y positivas; pero, hacia aquel lado, la corriente de su instinto era precoz, precipitada é invencible. El día en que, por primera vez, «debajo de un plátano», abrió los volúmenes en que Percy había reunido los fragmentos de la antigua poesía, se olvidó de comer, «á pesar de su apetito de trece años», y en adelante «inundó» de esos antiguos versos, no sólo á sus condiscípulos, sino á todos los que querían oírle. Hecho pasante de su padre, metía en el pupitre todas las obras de imaginación que podía encontrar; no las novelas de la vida doméstica, «se necesitaba el arte de miss Burney ó la sensibilidad de Mackenzie para interesarle en una historia de ese género», sino los «relatos feudales y de aventuras», y todo lo que concernía «á los caballeros andantes». Habiendo enfermado, guardó cama mucho tiempo, con prohibición de hablar, sin más distracción que la lectura de los poetas, de los novelistas, de los historiadores y de los geógrafos, ni más ocupación que ilustrar las descripciones de batallas con formaciones y combinaciones de piedrecitas que figuraban los soldados. Una vez restablecido, dirigió sus paseos hacia el mismo fin, y se apasionó por el paisaje, sobre todo por el paisaje histórico. «No había más que enseñarme (dice) (1) un antiguo castillo, un campo de batalla; en seguida me hallaba en mi centro; le llenaba de sus combatientes con sus trajes propios, y arrastraba á mis

(1) Lockhart, t. I, p. 29.

oyentes por el entusiasmo de mis descripciones. Una vez, atravesando Magus-Moor, cerca de Saint-Andrews, me dió por describir el asesinato del arzobispo de Saint-Andrews á algunos viajeros de quienes me hizo compañero la casualidad, y uno de ellos, aunque sabía muy bien esa historia, aseguró que mi relato no le había dejado dormir.» Entre otras excursiones de estudio, hizo durante siete años otros tantos viajes al distrito agreste y apartado de Liddesdale, explorando cada riachuelo y cada ruina, acostándose en las chozas de los pastores, recogiendo leyendas y baladas. Júzguese por eso de sus aficiones y de su vocación de anticuario. Leía las cartas provinciales, los peores versos latinos de la Edad Media, los registros de parroquia, hasta los contratos y los testamentos. La primera vez que pudo echar mano á uno de los grandes cuernos de guerra que servían á los *berderers*, le fué tocando durante todo el camino. El hierro oxidado y el pergamino sucio le atraían, llenaban su cabeza de recuerdos y de poesía. Tenía verdaderamente un alma feudal. «Durante toda su vida (dice su yerno) su principal orgullo fué ser reconocido miembro de una familia histórica» (1).—«Su primera y su última ambición mundana fué ser á su vez fundador de una rama distinta.» La gloria literaria no venía más que en segundo término; su talento no era para él más que un instrumento. Empleó las ganancias enormes que le habían valido sus versos y su prosa en construirse un castillo á imitación de los antiguos héroes caballerescos, «torres y torrecillas copiadas de alguna antigua mansión señorial escocesa, techumbres y ventanas blasonadas con las insignias de los clanes, con leones

(1) Lockhart, t. IV, p. 329.

rampantes en campo de gules», estancias «llenas de altos aparadores y de cofres esculpidos, decoradas con tarjas, *playds* y espadones de *highlanders*, de albardas, armaduras y mogotes formando trofeos (1).» Durante largos años tuvo allí, por decirlo así, mesa puesta, é hizo á todo forastero «los honores de Escocia», tratando de resucitar la antigua vida feudal con todos sus usos y todo su aparato: «amplia y placentera hospitalidad abierta á cuantos se acercaran, pero sobre todo á los parientes, aliados y vecinos; baladas para animar los vasos que chocan; alegres cacerías en que *yeomen* y *gentlemen* pueden cabalgar juntos; danzas regocijadas en que el señor no se avergonzará de dar la mano á la hija del molinero». El, expansivo, gozoso, en medio de sus cuarenta convidados, alimentaba la conversación con los mil relatos que aflúan de su memoria y de su imaginación pródigas (2), acompañaba á sus huéspedes por su posesión ensanchada con grandes dispendios, entre las plantaciones nuevas, cuya futura sombra debía abrigar á su linaje, y pensaba con una sonrisa de poeta en las generaciones lejanas que reconocerían por antepasado á *sir Walter Scott, primer baronnet de Abbotsford*.

*La Dama del Lago, Marmión, El Lord de las islas, La Hermosa de Perth, Los Puritanos de Escocia, Ivanhoe, Quentín Durward*, ¿quién no sabe de memoria todos estos nombres? En Walter Scott hemos aprendido la historia. Pero ¿es historia eso? Todas sus pinturas de un pasado lejano son falsas. Lo único exacto son los trajes, los paisajes, el exterior; accio-

(1) Su biblioteca y su colección se valuaron en 10.000 libras esterlinas.

(2) «¡Hoy unas ciento cincuenta anécdotas!», escribe el capitán Basil Hall, su huésped.

nes, discursos, sentimientos, todo lo demás aparece civilizado, embellecido, arreglado á la moderna. Es lo que podía esperarse mirando el carácter y la vida del autor: porque ¿qué quiere él, y qué piden esos huéspedes afanosos de oírle? ¿Es un amante de la verdad pura, tal y como ella es, atroz y sucia, un naturalista observador, indiferente al aplauso de sus contemporáneos, atento sólo á consignar las transformaciones de la naturaleza viva? De ninguna manera. En la historia como en su castillo de Abbotsford, se ocupa en disponer puntos de vista y salones góticos. La luna hará bien allá entre las torrecillas; he ahí una coraza colocada de una manera admirable: ¿agrada ver la luz que refleja sobre los viejos tapices, si se sacasen del guardarropa las vestiduras feudales para invitar á los convidados á una mascarada? Sería una hermosa fiesta, agradable á sus recuerdos y á sus principios nobiliarios. Loes ingleses que salen de una guerra encarnizada contra la democracia francesa deben entrar con celo en esa conmemoración de sus antepasados. Añádase que hay señoras y aun señoritas, que hay que arreglar la representación de modo que no ofenda á su severa moral y á sus delicados sentimientos, y las haga llorar con decoro; que no hay que poner en escena pasiones demasiado fuertes que ellas no comprenderían, que hay que elegir, al contrario, heroínas que se les asemejen, tiernas siempre, pero sobre todo correctas, y jóvenes *gentlemen*, como Evandale, Morton, Ivanhoe, perfectamente educados, afectuosos y graves, además un poco melancólicos (es la última moda) y dignos de conducirlos al altar. ¿Hay un hombre más á propósito que el autor para componer semejante espectáculo? Es buen protestante, buen marido, buen

padre, muy moral, tory tan ferviente que se lleva como una reliquia un vaso en que el rey acaba de beber. Además, no tiene el don de penetrar hasta el fondo de los personajes, ni se detiene en eso. Ve y describe mucho más ampliamente las exterioridades y las formas que las interioridades y los sentimientos. Por otra parte, trata su propio espíritu como una mina de carbón, que conviene explotar deprisa y con el mayor lucro posible: un volumen en un mes, á veces en quince días, y ese volumen le vale veinticinco mil pesetas. ¿Cómo podría descubrir ó se atrevería á mostrar la estructura de las almas bárbaras? Esa estructura es demasiado difícil de describir y demasiado poco agradable de mostrar. Cada doscientos años cambian en los hombres la proporción de las imágenes y de las ideas, el resorte de las pasiones, el grado de la reflexión, la especie de las inclinaciones. ¿Quién es el que comprende y gusta hoy, á menos de una larga educación previa, á Dante, Rabelais y Rubens? ¿Y cómo, por ejemplo, aquellos grandes ensueños católicos y místicos, aquellas audacias gigantes ó aquellas impurezas del arte carnal entrarían en la cabeza de ese *gentlemen* burgués? Walter Scott se detiene en el umbral del alma y en el vestíbulo de la historia; no toma del Renacimiento y de la Edad Media más que lo decoroso y lo agradable; suprime el lenguaje ingenuo, la sensualidad desenfadada, la ferocidad bestial. Después de todo, sus personajes, transpórtelos al siglo que quiera, son sus vecinos, labriegos ladinos, *lairds* vanidosos, *gentlemen* enguantados, señoritas casaderas, todos más ó menos burgueses, es decir, ordenados, distantes cien leguas, por su educación y su carácter, de los locos voluptuosos del Renacimiento ó de los brutos heroicos y de las

bestias feroces de la Edad Media. Cómo él tiene la más rica provisión de trajes y el más inagotable talento para el arreglo de la escena, nos presenta un espectáculo muy agradable, y compone piezas, que á la verdad apenas tienen más que un mérito de moda, pero que, no obstante, podrán durar bien cien años.

La que él representó duró menos. Para sostener su hospitalidad regia y sus magnificencias feudales, se había hecho asociado de sus editores; castellano en público y negociante en secreto, les había dado su firma, sin vigilar el uso que hacían de ella. Vino una bancarrota; á los cincuenta y cinco años se vió arruinado y deudor de ciento diez y siete mil libras esterlinas. Con un valor y una probidad admirables, rehusó toda gracia, no aceptó más que un plazo de tiempo, se puso á trabajar el mismo día, escribió infatigablemente, pagó en cuatro años setenta mil libras, agotó su cerebro hasta quedar paralítico y murió en la faena. Ni en su conducta ni en su literatura le fué bien con sus aficiones feudales, y sus esplendores señoriales resultaron tan frágiles como sus imaginaciones góticas. Se había apoyado en la imitación, y no se subsiste más que por la verdad. En otro lado estaba su gloria, y había una parte sólida en su espíritu como en sus escritos. Bajo el apasionado de la Edad Media se descubre ante todo el escocés reflexivo, observador atento, cuya sagacidad se ha aguzado en la práctica jurídica, buen sujeto, además, complaciente y alegre, como corresponde al carácter nacional, tan diferente del inglés. «¡Dios mío! (dice uno de sus compañeros de excursiones). ¡Qué fondo de buen humor tenía! Un fondo sin fin. No habíamos dado diez pasos cuando estábamos riendo ó gritando y cantando. En todas partes donde nos deteníamos, ¡qué modo tan amable de